

## **Exposición de Juan Carlos Rocha en la Conferencia Bolivia's Crisis of Governance: What Can Be Done?**

Washington D.C., 2 de diciembre, 2005

Buenos días y muchas gracias a los organizadores de esta conferencia del CSIS, tan oportuna para comprender mejor la situación de la democracia y la estabilidad boliviana.

Aunque en el panel anterior los expositores se han referido ampliamente a las causas de los serios problemas de gobernabilidad en Bolivia, quiero partir esta reflexión del reconocimiento, desde mi punto de vista, de las condiciones actuales en que se encuentra el país.

Bolivia está viviendo un complejo proceso de empate histórico, principalmente de carácter social, que se ha trasladado íntegramente al escenario de la política. Y el actual proceso electoral es el reflejo fiel de ese empate histórico.

Este tiempo de elecciones representa un perfecto resumen de todas las diferencias y enfrentamientos, que en los últimos tres años han transformado la difícil aunque siempre pacífica democracia boliviana, en un ingobernable, inestable, y frágil sistema de convivencia en ocasiones con violencia.

En rigor, sin embargo, hay que precisar que Bolivia aún está sosteniendo el período democrático más largo de toda su historia. El pasado 10 de octubre, Bolivia cumplió 23 años de sistema democrático ininterrumpido. Nunca antes la democracia había durado tanto. Y todas los problemas de estos últimos tres años han tenido lugar dentro de ese sistema. Los quiebres de institucionalidad y sus eventuales soluciones han ocurrido siempre en democracia.

Decía que hay un proceso eleccionario en curso. El domingo 18 de diciembre, esto es dentro de dos semanas, Bolivia renovará prácticamente todas sus autoridades y representantes: se elegirá un nuevo presidente y vicepresidente, un nuevo congreso nacional, pero también, y por primera vez en la historia boliviana, se elegirá a los prefectos (algo así como los gobernadores de Estados Unidos) de los nueve departamentos o regiones del país.

Si alguien quisiera conocer a profundidad todo lo que ha pasado en Bolivia en los recientes tres años —seguramente los más convulsionados de esta joven democracia—, debiera estar en Bolivia en estos días. Serían suficientes para comprender la magnitud de la crisis de los últimos años.

Pero paradójicamente, la profunda crisis de gobernabilidad que Bolivia está experimentando no acabará el día de la elección. Al contrario, la llegada de ese día marcará el fin de esta especie de tregua social no declarada que los actores en conflicto han adoptado con la esperanza de encontrar una salida —hoy complicada— en el acto electoral. Y entonces comenzará un nuevo ciclo de conflictividad que volverá a poner de manifiesto el citado empate, y con seguridad ya no será en el plano del discurso político, sino en el de los hechos y muy probablemente en el de la violencia.

Quiero precisar, en este punto, que puede resultar insuficiente identificar la delicada situación boliviana como únicamente una crisis de gobernabilidad. Sí la hay, sin duda. Pero a la vez, y a la par de esa certeza, también existe un profundo aunque atropellado proceso de cambios históricos, que tienen relación con el surgimiento de nuevos actores sociales y políticos, con la mayor participación de sectores campesinos e indígenas tradicionalmente marginados de las decisiones, con la redefinición del rol del Estado en la producción, con demandas de inclusión social, con el respeto de los derechos humanos.

Esta conferencia pudo haberse llamado “Bolivia, crisis de gobernabilidad y proceso de cambio”, para señalar con absoluta precisión los dos componentes centrales de este tiempo en Bolivia, que ha merecido la preocupación de este Centro al organizar este encuentro.

Y la elección del día 18 es el engendro de esa dramática confluencia entre crisis de gobernabilidad y cambio. A la vez, seguramente una es consecuencia de la otra.

El caso es que hoy, la prematura renovación de los poderes Ejecutivo, Legislativo y de los poderes regionales es producto de una arriesgada apuesta del sistema político y las organizaciones populares para dirimir en el voto todo aquel mundo de diferencias y cuestionamientos de organizaciones de la sociedad civil, a las que el Estado no logró responder a través de sus instituciones (gobierno y parlamento, principalmente).

En gran parte, Por eso cayeron dos administraciones gubernamentales: una en octubre de 2003, liderada por el presidente Gonzalo Sánchez de Lozada; y otra en junio de 2005, cuando el presidente Carlos Mesa se vio forzado a renunciar y dar paso al actual Primer Mandatario, Eduardo Rodríguez, con la casi exclusiva misión de llevar adelante la próxima elección de diciembre.

Esa elección es una apuesta de alto riesgo porque con toda la información que se dispone en estos días ya es posible prever que de allí no saldrá un mandato claro que permita al ganador asumir la Presidencia y conducir los destinos del país por los próximos cinco años.

La esperanza de ver nacer en estas elecciones una nueva hegemonía política, cualquiera sea la orientación de ésta, parece diluirse a medida que se acerca la fecha del 18.

Por lo tanto, es muy probable que también numéricamente se reflejará ese gran empate nacional del que antes hablaba.

Todas las encuestas de opinión realizadas por encargo de diversos medios de comunicación coinciden en otorgar la supuesta preferencia de intención de voto al señor Evo Morales, líder del partido Movimiento al Socialismo, pero con márgenes de diferencia de apenas dos o tres puntos porcentuales por encima del que aparece en segundo lugar, el ex Presidente Jorge Quiroga, candidato de la agrupación Poder Democrático y Social (Podemos).

Como seguramente muchos de ustedes conocen, en Bolivia es preciso que un candidato alcance el 50 por ciento más un voto para acceder directamente al gobierno. De otra manera, esa elección tendrá que realizarse en el nuevo parlamento. No existe el mecanismo de la segunda vuelta electoral.

A la vez, y siempre siguiendo la lógica de los resultados que presentan las encuestas de opinión, de consolidarse esa tendencia, la agrupación que postula a Jorge Quiroga, aún en el extremo de salir segundo en la elección, controlaría la mayoría de la Cámara de Senadores de Bolivia, y también la mayoría de los gobiernos departamentales.

Así, se repetiría cíclicamente ese empate, y traería como consecuencia una nueva tensión social, una convivencia de visiones y propuestas de país absolutamente contrapuestos, y nuevos escenarios de ingobernabilidad.

¿Qué puede pasar, entonces, en este entabado complejo político y social?

Todo parece indicar que el país está ante dos escenarios (y quiero aclarar, en este punto, que no me estoy refiriendo a los dos candidatos con mayores posibilidades de ganar la elección ni cada escenario corresponde necesariamente a uno de ellos).

El primer escenario es el del desastre. Un gobierno sin la suficiente legitimidad otorgada por el voto (es decir, que haya ganado la elección con una diferencia no superior al seis u ocho por ciento respecto del segundo, cualquiera sea este ganador) estaría destinado a convertirse en otro gobierno de transición, como lo fue el anterior Presidente, y como lo es el actual mandatario.

De transición, porque difícilmente un gobierno con esas condiciones de precariedad podría sostenerse ni podría garantizar una convivencia pacífica entre los ciudadanos. Existen serios riesgos de mayor fragmentación social, de intolerancia, de enfrentamientos entre sectores de la sociedad, de mayor aislamiento de la comunidad internacional, de regiones que cada vez más responden únicamente a sus propios intereses en detrimento del sentido de unidad nacional, de actitudes corporativas de grupos empoderados por la acción social que hacen política en las calles y no en los escenarios que el sistema tiene para ellos, como el parlamento.

El confundido elector de estos días se encuentra, de pronto, ante la trágica alternativa de elegir entre la modernidad con inestabilidad social, o el retraso con respaldo popular.

Ese es el escenario de la catástrofe. Como profesional de la comunicación y como Director de un diario independiente, no me corresponde juzgar la conveniencia o no de cada candidatura política. Pero sí puedo advertir con preocupación que bajo las actuales condiciones, el que saliera elegido tendrá que destinar todas sus energías a controlar un contexto de ingobernabilidad y de inestabilidad que podría poner en juego el propio sistema democrático.

Sin embargo, observo también —aunque con el temor de que se trata de la opción más difícil— un segundo escenario. Es el escenario de una hasta ahora inédita concertación nacional entre las opciones políticas mejor votadas, pero no exclusivamente entre ellas, sino también de ellas con las regiones y los movimientos populares organizados.

Se trataría de un esfuerzo para armar un complejo tejido de posiciones e intereses que confluyan en una agenda común en la que las prioridades se reserven para sostener la democracia, alentar la convivencia pacífica entre ciudadanos bolivianos, la defensa de los intereses económicos del país pero también el respeto a las inversiones extranjeras (no olviden que uno de los temas centrales de la polarización de posiciones es precisamente el de la política tributaria para las empresas petroleras que explotan gas natural en Bolivia e incluso está el debate sobre la nacionalización de los hidrocarburos).

La materialización ideal de este segundo escenario sería, en mi opinión, un gobierno de todos bajo la lógica de una gran concertación nacional que por una vez en la historia deje de lado las diferencias para trabajar por los objetivos que unen a una nación en riesgo de fragmentarse.

Hay que recordar que la elección de Diciembre no lo es todo. Es apenas una parte de un proceso político mucho más grande, que incluye la Asamblea Constituyente y un referéndum sobre autonomías. En realidad, serán esos los momentos donde se producirán las reformas políticas e institucionales más importantes.

Y ninguno de esos dos procesos tendrá éxito si el país continúa trabajando bajo la lógica actual del enfrentamiento, donde un proyecto trata de imponerse por encima del otro, y a pesar del otro. Porque de lo que se trata, con las elecciones y los otros mecanismos que posibilitarán la reforma política y del Estado, es de armar un proyecto de República atendiendo el sentimiento de las varias diversidades que hoy parecen pintar un país desarticulado y en cierto modo dividido.

La necesidad de establecer cambios profundos en las reglas de juego democrático, en las condiciones de vida de los ciudadanos, de promover otras formas de participación política, de redefinir el rol del Estado frente a la esfera de la producción... Todas esas exigencias son parte de un cambio que no es patrimonio de los quienes se dicen representantes de los sectores populares, sino del conjunto del sistema de partidos y organizaciones que representan a alguien.

Y el punto de partida de ese gran proyecto de país que los líderes nacionales y regionales deben ayudar a construir, es la contienda electoral del día 18. Allí es donde ahora hay que volcar la atención.

Soy consciente de que más allá de las diferencias personales entre los principales candidatos hay un abismo insondable entre sus propuestas programáticas que apuntan a modelos de país radicalmente contradictorios. Pero aún en este caso debe ser posible una concertación que permita al nuevo gobernante –cualquiera sea éste- conducir un gobierno con sentido de unidad nacional, con acuerdos con la oposición (si es que finalmente no es posible hacer un gobierno de todos).

Esos acuerdos deben realizarse en base a una agenda mínima de consensos encomendada por ese esfuerzo concertador, que al menos contemple cinco temas centrales del debate de este tiempo en Bolivia: Asamblea Constituyente del próximo año, las autonomías departamentales, definición de una política de hidrocarburos, establecimiento de una política sobre tierras y una política de Estado frente a la globalización económica y las oportunidades comerciales para aprovechar los mercados grandes, del tipo del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos.

Tengo la certeza de que este segundo escenario, el del gobierno de todos o en su defecto el del gobierno con acuerdos con la oposición, es el único capaz de reconducir al país por un destino de paz, mayor igualdad social entre bolivianos, de crecimiento económico y de desarrollo integral.

Personalmente, estoy convencido de que la opción más difícil, la solución aparentemente imposible, es la única verdadera salida para Bolivia. Esta alternativa implicaría una nueva ética política de los actores centrales de la elección en proceso, y exigiría un trabajo arduo, urgente y de cortos plazos (no más de un mes) para encontrar espacios de encuentro entre las diferencias. Y esta tarea le corresponde a los propios actores políticos, a intelectuales, a medios de comunicación, a los líderes sociales, regionales, campesinos e indígenas. Y quizá, en cierta medida también, a la comunidad internacional interesada en conservar la paz en una región que hoy aparece amenazada.

Muchas gracias.

----